

EN PRIMERA FILA

**SANTIAGO CALATRAVA**

Arquitecto

Es uno de los proyectistas más destacados. Admirado y denostado a partes iguales. Su obra nunca deja indiferente

La última obra que ha inaugurado es el puente de Jerusalén, con un bello mástil de más de 100 metros de altura

Tiene en marcha el intercambiador de transportes de la 'zona cero' de Nueva York y un rascacielos también en la ciudad

Premio Príncipe de Asturias, es el único español después de Sert con la medalla de oro del American Institute of Architects

**«Vivo al margen de lo que dicen de mí»**

ANTONIO LUCAS

Si marcas el teléfono de Dios es posible que descuelgue en Nueva York la secretaria de Santiago Calatrava. Llegar a él resulta una aventura compleja, algo así como buscar con un plano de Metro las coordenadas exactas donde dicen que aún gotea el Santo Grial. Una vez superados los filtros convenientes, el celo de unos ayudantes con modales aduaneros, el arco de metales de las siete asistentes trilingües y el examen de intenciones, al final de ese fatigoso laberinto de voces y días, según entras a la derecha, está Santiago Calatrava, un valenciano de Benimàmet, añada del 51, educado, tímido, untado en una inteligencia que sale disparada a la conversación, donde entran en juego Mahler y Le Corbusier; Antonio Machado y Frank Stella, que son algo así como las sales minerales de esta galaxia torcida que nos acoge.

Del acento le cuelgan finísimas grecas hortelanas, subraya lo que dice repitiendo dos veces lo que está diciendo y así emprende un cabotaje por sus pasiones: la arquitectura, el arte y la música, con algo de erudito que trae a la mañana de Manhattan su muestrario de entusiasmos.

Santiago Calatrava iba para pintor. Pasó la infancia chascándose el alma con la luz del Mediterráneo, observando los barcos que partían cuando uno es niño los barcos casi siempre marchan desde el palomar de la casa de los padres, exportadores de cítricos. Pero cuando dudaba en qué empeñar la vida, más o menos al acabar el Preu y después de pasar por la Escuela de Artes y Oficios de Valencia, tropezó en una papelería con un libro de Le Corbusier y aquella zancadilla del destino le sirvió de astrolabio para el viaje.

Recuerdo perfectamente aquel momento. Tenía 17 años. Estaba en una tienda para comprar material de dibujo y me llamó la atención un volumen pequeño. Las fotos me sobrecogieron, ¿verdad? Aquello tuvo algo de revelación. No conocía el trabajo de Le Corbusier y lo que descubrí en aquellas páginas tenía algo de extraordinario. Una de las imágenes, que parecía un cuadro, me intrigó mucho: se trataba de una fotografía con luz cenital de las capillas laterales del convento de La Tourette, en Francia. Fue entonces cuando decidí que quería ser arquitecto. Años después, estudiando el camino y las huellas de este gran creador, vi cómo fue nutriendo su vida de muchas disciplinas: arquitectura, pintura, escritura... Y se me hizo más cómplice.

En el fragor de Nueva York, Santiago Calatrava cifra el primer estado de la felicidad. «Sueña a tópicos, pero para mí éste es el capítul del mundo, donde todo sucede. Aquí puedes convivir con Richard Serra, Alex Katz, Frank Stella... Artistas que me entusiasman», comenta.

Desde el epicentro de esta combustión que convirtió la modernidad

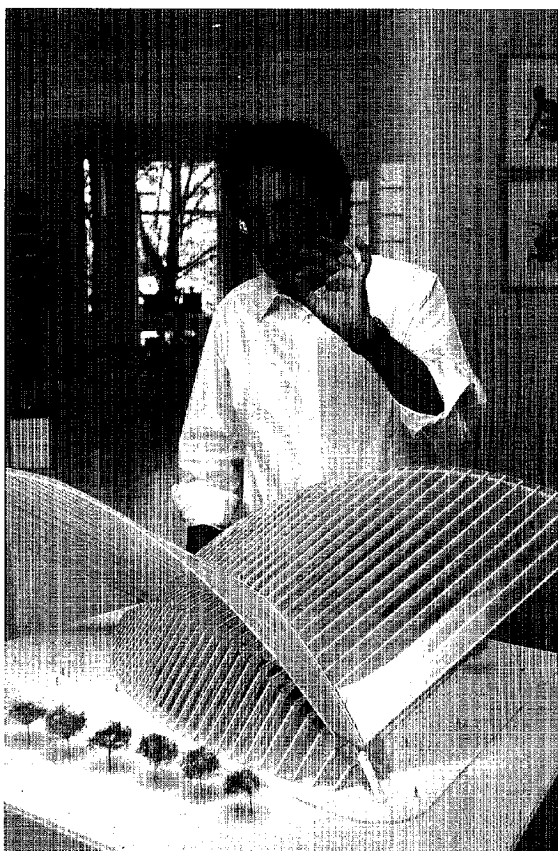
en el sueño de una sombra de acero y cristal regado de excéntricos memorables, muy aptos para la voracidad snob del capitalismo, Calatrava dirige proyectos salpicados por el mundo, lanzando una arquitectura de blancos nucleares y estrenando polémicas a cada obra. Las últimas que le adornan vienen del diseño de dos puentes, el de Venecia y el de Jerusalén (inaugurado hace tres semanas). Huye del marbete de *arquitecto estrella*, cree en su oficio como una de las formas de la filantropía, avanza en su camino con un discurso que se esfuerza en desgrasar el ego y parece en estado constante de asombro ante el misterio del mundo.

«Es bueno que todo tenga su enigma, ¿verdad? ¿usted me entiende? Hay que tener el coraje de decir cosas así. Un arquitecto hace edificios útiles por bondad, por amor a los demás. A mí no me importa el hecho mediático, sino poder decir lo que considero, lo que sale del corazón. Y eso, en mi caso, es un gran antídoto contra muchas cosas, entre ellas la flacidez de la globalización... Independientemente de la banalidad que nos rodea, la arquitectura sigue sus propias reglas. Hay un lenguaje dentro de ella que es trascendental: hablo de la luz, de la composición de los espacios como una sinfonía... Son los valores eternos de la profesión lo que la hacen perdurar más allá de los fenómenos temporales y pintureros de una época como la nuestra, ¿verdad? Los *revivals* no sirven para nada. Uno es del instante en que vive. Mi obra goza de esta época y yo gozo de ella...»

Todos los países quieren tener un *calatrava* en alguna de sus esquinas, no exactamente al hombre, sino a la obra. Nitidez y geometría, la nube de sus diseños que tiene algo de sueño orgánico y de viento mágico en el gran supermercado del planeta. En los últimos años ha desarrollado más de 20 proyectos de *gran formato*, desde las instalaciones olímpicas de Grecia en 2004 al intercambiador que revitalizará Nueva York dando vida al hoyo que dejaron las Torres Gemelas cuando se las llevaron por delante, aunque éste último encargo (con el que está en la foto) ha sufrido un recorte en su estructura.

Mientras habla, Calatrava va dibujando, llenando cuadernos con apuntes de ojos, brazos, torsos que después serán un edificio en Malmö (*Turning torso*) o un planetario en Valencia (L'Hemisfèric, de la Ciudad de las Artes y las Ciencias).

«Para mí el dibujo es un medio de investigación e introspección que me permite llevar el mundo de las ideas al mundo del papel. En mi caso es un trabajo necesario desde el que llego al desarrollo definitivo de un proyecto, ¿verdad? La base y el espejo de mi expresión es el dibujo. La arquitectura, al nutrirse de tantas disciplinas distintas, es en realidad la más abstracta de las artes. Lo que me fascina de ella es su capacidad plástica y su



MICHAEL FALCO

**EN SU TIEMPO.** «Los 'revivals' en arquitectura no sirven para nada. Uno es del instante en que vive. Mi obra goza de esta época y yo gozo de ella»

**ADMIRACIONES.** «Las personas de cierta dimensión heroica han ido contra su tiempo. Pienso en Picasso. O en Matisse. Y a otras, como a Van Gogh, les costó la vida»

pura expresión, aunque está sometida a las limitaciones funcionales. Por eso uno, modestamente, hace escultura, para no perder esa libertad. Si se da cuenta, la arquitectura es la noción más íntima de nuestra dimensión humana.

Calatrava hace calas en el silencio y suelta risitas de hámster al final de algunas frases. Adorna el discurso con interrogaciones retóricas para hacer más cómplice al interlocutor, de paso, más leves o acrias los aseveraciones, ¿verdad? Es un cosmopolita de regadio al que le gusta adentrarse por la trucha de aquella

infancia en Benimàmet y meter las patas en el Mediterráneo cada agosto, como un antídoto contra la realidad convulsa de Nueva York. «Esta ciudad me ha dado tanto... Aunque mi educación se reparte entre el levante español y la realidad transalpina, pues durante muchos años he residido en Zúrich, allí me doctoré y realicé mi otra carrera, la de ingeniería. Es muy importante saber dónde están las raíces de unos», apunta.

«Pero hablábamos del Mediterráneo...»

cuando el viejo Phillip Johnson aún pastoreaba el departamento de arquitectura del templo. Y en 2005 lo hizo el Metropolitan. Eso desató algunas alarmas en el gremio, donde la carrera también se hace a navaja.

«Por naturaleza y carácter, vivo al margen de lo que dicen de mí. Tengo 56 años y el tiempo que me queda es menos del que ya he vivido. Eso hace que dé al tiempo una gran importancia. Y pienso en Picasso. Y en Matisse, ¿verdad? Y en el enorme esfuerzo de renovación que emprendieron al final de sus vidas. Las personas que han tenido una cierta dimensión heroica han tenido que ir, de algún modo, contra su época. Y a algunos les ha costado la vida, como a Van Gogh... Qué quiere que le diga, me da igual el estrellato. No tengo vanagloria. Lo que quiero es hacer, seguir haciendo...»

En este piso alto de Manhattan, Calatrava deja asomar de nuevo una risa frugal mientras remata un tose de mujer en un folio, un cuerpo en plena quiebra que un día será rascacielos o el sueño de una sombra con un puñado de inquietas dentro.